

Desde el camino del águila *Donde renacen los sueños*

Introducción

Hay días que marcan nuestra existencia, momentos que cambian la dirección de aquello en lo que creíamos que consistía nuestro trayecto.

A raíz de uno de esos días, en medio de uno de los eventos que más dolor me haya producido en la vida, decidí salir de casa, para intentar tomar distancia de los acontecimientos que tanto sufrimiento me seguían causando.

Sin saber lo que me depararía el destino, fue allí, lejos de mi hogar, desde esa espectacular montaña, donde todo a la distancia parecía tan pequeño, cuando pude comenzar a comprender el mensaje que se encontraba detrás de lo que ante mi vista se proyectaba como una pequeña maqueta.

Situada sobre ese paraje, al lado de un camino que nunca olvidaré, curiosamente llamado el *Camino del Águila*, cerré los ojos para asimilar el ambiente que respiraba. Y así, con los ojos cerrados, comencé a escuchar las palabras de ese extraño personaje quien me recordaría una lección fundamental y de la que fácilmente nos solemos olvidar: el hecho de que se detenga o muera un proyecto, de que se vaya de nuestras vidas un compañero o se aleje un ser querido, no significa el fin de nuestros sueños.

La noticia

Como ocurre en la vida de muchos otros ejecutivos, en una reunión citada de manera exprés, fui notificada sobre la decisión que había tomado la compañía para la que trabajaba, de contratar a otra persona para ocupar mi puesto. Dos días después la información se completó: la empresa estaba lista para liquidarme y en caso de que no aceptara su propuesta de democión, mi salida tendría que hacerse inmediatamente. Sin poder comunicar mi partida o agradecer a ninguna de las personas con las que trabajé durante varios años, a la siguiente semana salí de ese lugar, en el que tanto se insistía en la importancia y el valor de la confianza.

Detener la inercia

A unas semanas de haberse apagado abruptamente la rutina de la que era parte, en ese viaje que decidí emprender, aún en medio de los más espectaculares paisajes que jamás mis ojos hubieran disfrutado, por un tiempo continué batallando con los pensamientos que se producían en mi interior. Por lo que respecta a mi cuerpo, una incómoda sensación de extrañeza, a ratos se hacía presente, por encontrarme haciendo nada, cuando internamente algo dictaba que en su lugar yo debía haber estado trabajando.

Crucé varios mares y recorrí varias tierras ajenas para mí, atravesando sin duda por las mismas experiencias que viven quienes pasan por un proceso de duelo. Las diversas caminatas que emprendí llamaron recuerdos y personajes que aunque lejos, imaginariamente aparecían de nuevo. Platiqué con ellos, volvimos a discutir. Lloré. Reflexioné. Sentí dolor una vez más. Después vino el entendimiento, el perdón y el agradecimiento. Y luego, una y otra vez volví a batallar con mis pensamientos. Más tarde la calma, luego la tormenta de nuevo.

Para el momento en que apareció esa montaña, mucho era lo que había dejado fluir y mucho lo que en mi interior había acomodado.

Adentro de esa nueva realidad a la que de alguna manera me había empujado el azar, sería paulatina, sorpresiva e indescriptiblemente reconfortada.

Desde lo alto

Aquél inolvidable e inesperado día, la embarcación que me llevaría hasta aquél sitio, tocó tierra por tercera vez en el recorrido. Tan pronto esto ocurrió, el toque de llegada nos invitó a bajar. Como muchos otros pasajeros, pronto me encontraba en un autobús que nos llevaría a la parte superior de un paisaje, que por lo nublado no se alcanzaba a dibujar por completo.

Como si estuviera mirando las cosas a través de lentes binoculares, con cada vuelta que daba el camión, la misma vista del lugar del que había partido era más distante y ciertamente cada vez más hermosa.

Aparece Zión, el shaman

Al llegar a la cima, desde donde todo parecía un cuadro, nos dieron tiempo libre. Me senté para comenzar a meditar. Mientras respiraba profundamente, y cerraba los ojos, escuché a una mujer acercarse a mi derecha.

Comenzó así su diálogo con Zión:

- Hola ¿tú curas? -le preguntó ella.
- Solo hago algunos rituales -le contestó él. Hoy vengo solamente a agradecer.
- ¿Agradecer? ¿Y no será que también me puedas dar una mano?
- ¿Qué es lo que tiene enfermo de dolor a tu corazón?
- ¿Cómo lo sabes? -sorprendida le preguntó ella.
- Me lo dicen tus ojos -le contestó él.
- ¿Qué es lo que te produce tanta tristeza? -escuché entonces que él le preguntaba. Ella comenzó a llorar.
- ¿Cuándo parará este llanto que no logro detener?

- Mujer, mejor que dejes afuera y no adentro lo que te provoca sufrimiento.
- A veces parece que no hay nada que pueda hacerme dejar este estado.
- Esa es solo una falsa idea. Si ha llegado el momento de llorar por lo que se fue, dale la bienvenida.
- ¿Darle la bienvenida al dolor?
- Darle la bienvenida a la expresión de lo que te causa dolor. Cuanto antes mejor, así que deja correr las lágrimas que estás deteniendo.
- A veces, después de llorar me siento más triste –le explicó Carissa.
- Quizá eso sea porque nadie te explicó la función de tus lágrimas. Ellas desempañarán tu visión y te permitirán comprender mejor lo que te causa dolor. Las almas que detienen su expresión, solo postergan su sufrimiento.

Mientras yo continuaba intentado traer paz a mi interior, a través mis ejercicios de meditación, esas palabras que provenían del exterior, estaban comenzando a entrar a mi alma como si fueran un mensaje que alguien me estuviera gritando. ¿Qué era lo que le provocaba tanto dolor a esta mujer?

Sensación de pérdida

Mientras yo continuaba con los ojos cerrados, la plática de aquellos dos extraños a quienes ni siquiera conocía, continuaba llegando a mi interior:

- Soy Carissa
- Y yo soy Zión –le dijo él-. Ven Carissa, siéntate aquí.
- Después de acercarse, ella se atrevió decir:
- Lo he perdido todo.
- ¿Realmente lo has perdido todo? ¿Cómo es que puede habitar tal pensamiento en una mujer tan joven y bella, a la que percibo tan sana?
- Salud tengo, eso es cierto. Juventud no sé. Belleza tampoco lo creo. A veces siento que no tengo fuerzas para salir adelante...
- ¿Qué ha ocurrido que te lleva a expresar esas palabras que simplemente al murmurar te causan tanto dolor?

Por un momento detuve mi respiración. Todavía ni sabía qué había pasado en la historia de Carissa, pero en cierta medida me encontraba igual que ella: con tanto que agradecer y tan sumida en mis pensamientos de dolor como ella, que en los días previos en muchos momentos no había conseguido reunir fuerzas, ni siquiera para ponerme de pie.

Los errores que frecuentemente comentemos cuando creemos fallar

Ante el silencio de la mujer Zión simplemente dijo:

- Carissa, aún no sé qué es lo que te ha generado dolor, pero sentir dolor no es algo malo. Sentir dolor es parte de nuestra experiencia. El dolor es simplemente un aviso.
- ¿Un aviso? –preguntó Carissa con curiosidad.

- Sí claro, el aviso de un pensamiento o comportamiento que debemos reconsiderar.
- No sabía eso -dijo ella.
- Sentirnos mal por el dolor que estamos sintiendo, es uno de los más frecuentes errores que cometemos, cuando creemos fallar o haberlo perdido todo-le explicó el shaman quien siguió diciendo-: el problema no es sentir dolor, sino que con nuestro pensamiento muchas veces lo prolongamos sin escuchar el mensaje que este nos intenta dar.
- Si es así, entonces yo aún no recibo ese mensaje y no sé lo que debo reconsiderar -dijo Carissa al escucharlo.
- Cuando perdemos algo que nos causa dolor, hay dos preguntas que nos ayudan a dar con lo que hay que reconsiderar -le explicó Zión.
- ¿Y cuáles son esas dos preguntas?
- ¿Qué es lo que pensamos que hemos perdido? y ¿qué es lo que verdaderamente buscábamos obtener a través de ello?

Al escuchar esto, hice una pausa en mis ejercicios de meditación. ¿Qué era lo que en mi caso había perdido y lo que había deseado obtener a través de ello? La respuesta no parecía llegar.

¿Pérdidas?

Luego de algunos minutos de pausa, finalmente Carissa se atrevió a decir:

- Perdí a mi marido.
- ¿Pérdida aparentemente temporal o definitiva? -le preguntó Zión.
- Definitiva. Ha dejado esta Tierra. Yo quería tanto a ese hombre....
- ¿Y qué es lo que te dice tu mente que has perdido?
- Además de su presencia, el amor que él me hacía sentir -dijo ella.
- Carissa, ¿dónde sentías ese amor?
- ¿Dónde sentía su amor? —preguntó extrañada Carissa. -Obviamente, aquí. -Con su mano, Carissa tocó su corazón.
- Si el amor que él te hizo sentir se produjo en tu corazón, entonces eso siempre lo podrás volver a sentir.
- Pero él se fue.
- Él se fue, pero no el corazón con el que sentiste lo que él te enseñó a descubrir y ahora extrañas: amor.

Fue raro sentirlo y es raro recordarlo, pero el diálogo de estos dos extraños, estaba comenzando a cambiar mi tristeza por una agradable sensación de aliento.

Anhelos

Zión continuó hablando:

-Tú crees que lo has perdido todo, pero es importante que te des cuenta que esto no es cierto. Así que si tu mente insiste en llamar a pensamientos de pérdida, dale este mensaje: irremediamente estamos destinados a perder todo aquello que es de naturaleza material.

Después de asimilar sus palabras, Carissa le dijo:

- Eso no es muy alentador.
- Lo que es alentador es que no hay nada que pueda impedir que logremos nuestros más profundos anhelos.
- ¿Anhelos?
- El para qué de nuestros sueños.
- No te entiendo.
- Tú amabas a tu pareja y seguramente para ti era un sueño hecho realidad.
- Sí que lo era -le confirmó Carissa.
- ¿Y qué es lo que anhelabas conseguir con este sueño?
- Mmm... anhelaba sentir amor -le contestó ella.
- Si sentir amor era tu anhelo, deberás reconocer, que existen muchas otras formas de obtenerlo.

Sueños y proyectos

Zión continuó hablando:

-Ciertamente lo que nos mueve en la vida, son sueños o proyectos. En el fondo todos ellos están inspirados por nuestros más grandes anhelos y lo que el corazón desea nunca es de naturaleza material -le explicó Zión a Carissa y siguió hablando-: aunque muchas veces nos estancamos y creemos perdido nuestro poder personal al ver hundido un deseo, nos deprimimos porque llenamos nuestro campo visual con esa experiencia, en la que aparentemente algo se fue o falló y nos olvidamos de contemplar el panorama de la vida, como lo haría un águila.

Quizá un sueño o un proyecto específico no haya resultado o haya llegado a su final. Aunque al principio no podamos ver las cosas de esta manera, los anhelos que se encuentran detrás de nuestros sueños, tienen muchas formas de ser materializados. En esencia, no puede haber nada que tenga la capacidad de despojar a un corazón de su capacidad de amar y hacer realidad lo que anhela.

Así que salir del sentido de pérdida o fracaso personal marcado por un evento, se hace posible cuando levantamos nuestra vista por encima de lo que haya ocurrido para recordar, que hay múltiples formas de lograr lo que queremos.

A la mitad de mi meditación volvieron a aparecer preguntas para las que hace unos minutos no había encontrado respuesta. ¿Qué quería realmente haber conseguido con lo

que sentía que había perdido? ¿hasta donde verdaderamente había perdido la oportunidad de materializar el anhelo que se encontraba detrás de ese proyecto? Aún con los ojos cerrados, mis pies querían salir corriendo a interrogar a ese hombre, con quien Carissa todavía se encontraba hablando.

Despedida

–¿Hace cuánto se fue de tu vista ese hombre que definitivamente continua presente en tu corazón y en tu pensamiento? –le preguntó Zión a Carissa.

–Hace casi un año de su partida –le dijo ella.

–Cerrar el capítulo que te unió físicamente a él y que innegablemente ha terminado en esta vida, es una decisión que solo a ti te pertenece Carissa.

–Puedes dedicar el tiempo que quieras para tomar esta decisión y acudir a todos los rituales que en tu proceso de desapego desees insertar, pero hay algo de lo que después de hoy, jamás te podrás olvidar: soltar el ayer es un paso indispensable para poner en movimiento lo que desde que él se fue, te aguarda.

Tan pronto sueltes el ayer, permitirás que se abra paso tu nuevo futuro.

–¿Y cómo suelto el ayer? –preguntó inmediatamente Carissa.

El silencio se hizo presente.

Fue tanto lo que deseaba escuchar con esa respuesta, que al no oír sonidos, abrí los ojos, con lo que pude ver cómo Zión le entregaba un pergamino y una pluma de águila a Carissa.

Aunque le seguía viendo a ella, su último mensaje a esta mujer, nuevamente parecía dirigido hacia mi persona:

–No lo olvides: renuévate. Decídate a hacerlo. Cambia tu ropa, saca de casa todo lo que te recuerde esa etapa que ha terminado. Quédate solo con un recuerdo físico de tu marido, algo que continuamente te recuerde que él sigue presente, pues tú y él siguen vinculados, en otro nivel, al que solo se puede acceder desde el interior del corazón

Entonces sus ojos se encontraron. Ella le dio un abrazo y de esta forma se despidieron ambos.

Sin saber qué era lo que había en ese pergamino, me levanté a toda prisa para dirigirme a ese hombre, al que ahora rodeaba tanta gente.

Dejar el pasado atrás y volver a soñar

Después de esperar a que algunas personas se fueran, logré encontrarme con Zión quien sonrió al verme llegar.

–¿Qué es lo que con tanta impaciencia te trae hacia mí?

–Saber lo mismo que preguntó Carissa: ¿cómo se cierra el ayer?
–Con que es eso –me dijo Zión–. Veamos –dijo sonriendo y luego me comenzó a explicar:
–El ayer se cierra simplemente cuando aceptamos que lo que ocurrió ha quedado atrás, cuando reconocemos que a raíz de lo que pasó, somos mejores personas. El ayer se cierra cuando nos damos cuenta que no hay nada que perdonar y podemos agradecer lo sucedido.
–Pero a veces sentimos que no podemos perdonar.
–No podemos perdonar, porque al recordar, hay algo que nos vuelve a lastimar.
–Y entonces ¿cómo dejamos que algo nos deje de lastimar?
–Aceptar en lugar de negar lo que ocurrió, es el paso necesario para permitir al corazón expresar lo que le causa dolor. Normalmente lo que más le daña, son creencias y pensamientos que antes de dar por ciertos, deberíamos cuestionar. ¿Que hemos fallado? Cuando creemos fallar, lo único que ha fallado es nuestro entendimiento del sentido de este viaje, en el que hemos venido a experimentar. ¿Que no volverá lo que creemos perdido? Si para ti la existencia del alma es una realidad, entonces con todo aquel que te hayas encontrado en esta vida, te volverás a reencontrar. ¿Qué es lo que verdaderamente perdemos cuando creemos que algo “falló”, sino temporalmente nuestras ganas de volver a soñar?
A veces nos quedamos tan atorados en el pasado, que nos olvidamos de todo esto — me dijo Zión nuevamente sonriendo.

Por un tiempo me quedé reflexionando lo que había dicho este hombre.

–¿Y cómo se vuelve a soñar? –volví a preguntar.

–Se vuelve a soñar sin pensar. Simplemente dejándote guiar por aquello que indique tu corazón, caminando sin rumbo fijo, perdiéndote en la belleza de la naturaleza que tienes enfrente y que te grita sobre lo pequeño de tus problemas frente a lo imponente de lo que te rodea.

Luego vino un mensaje adicional:

–¿Que algo terminó? Pues entonces no hay más que pensar, suéltalo pues solo así podrá llegar tu siguiente destino. Acepta que si algo no está, es porque ya no pertenece a la realidad que habitas en este momento y pide que llegue a ti, lo que por derecho divino te corresponde. Mientras llega, sonríe, reinvéntate y diviértete. Así será más probable que eso que tanto deseas se acerque.

Por un tiempo me quedé perdida en la vista del paisaje, el que me invitaba a contemplar Zión. El magnetismo de aquella vista, unido al recuerdo de lo que acababa de escuchar me hizo ausentarme brevemente. Cerré los ojos y por unos instantes disfruté del silencio que se había apoderado de todo. Luego volví a abrir mis ojos. A través de los que con mis sentidos externos captaba, mi alma estaba siendo acariciada; la belleza de esa vista, con su majestuosidad, aportaba nuevos instantes de paz y armonía en mi vida.

Cuando terminé de asimilar aquella experiencia de éxtasis, una irreconocible alegría comenzó a circular por todo mi cuerpo. Fue en ese estado de absoluto asombro, como comprendí la profundidad del mensaje de aquella hermosa vista que a la distancia parecía una pequeña maqueta: casas y barcos diminutos, de los que cualquiera que así lo decidiera, podría subir y bajar a voluntad.

–¿Por qué a veces insistimos en recuperar una realidad que ya no se encuentra disponible, habiendo tantos otros barcos que poder tomar? –sugirió Zión.

Me entregó una pluma de águila como la que le había dado a Carissa.

–¿Por qué me das esto? –le pregunté intrigada.

–Cuenta la leyenda que allá a lo lejos, al llegar a la mitad de su vida, las águilas que desean seguir viviendo se reinventan y cambian el plumaje de su cuerpo.

–¿Y tú crees que eso sea cierto?

–Yo creo que igual que los problemas que te han traído hasta este sitio, es lo de menos si un mito es o no cierto. Lo importante es el significado que derivamos de lo que hemos vivido. Que esta pluma siempre te recuerde tu libertad y tu capacidad de volver a volar.

*Volví a cerrar los ojos para asimilar sus palabras. Respiré profundamente. Cuando estaba apunto de pararme para abrazarlo, me percaté de algo: aparentemente él ya no se encontraba en ese lugar. ¿A dónde se había ido? Volteando en diferentes direcciones, esperé varios minutos a que volviera, pero nada más pasaba. Lo único nuevo que ocurría es que el reloj avanzaba. Pronto sería tiempo de partir rumbo a la embarcación que me llevaría de vuelta a mi destino. Zión nunca regresó. Como llegó, igualmente se fue ese hombre que con sus sencillas palabras cambió mi perspectiva sobre lo que había vivido. Con su ausencia, en unos instantes comprendí lo que hacía unos minutos le había explicado a Carissa: **ciertamente estamos destinados a perder todo aquello cuya naturaleza es material.** Lo más probable es que nunca lo vuelva a ver, pero su mensaje, tal como lo anticipó, de naturaleza absolutamente inmaterial, de mi alma jamás se podrá borrar.*

Una historia de dolor como tantas otras

Después de aquella experiencia regresé a casa y comencé a reescribir mi vida. Como muchas veces ocurre, esta reedición no fue un libreto en línea recta. Hubo momentos en que necesité hacer pausas, borrar de nuevo algunas cosas, así como preguntarme continuamente sobre el rumbo de mis nuevas decisiones y trayectos.

Con más distancia de lo ocurrido, hoy sé que para mi lo vivido fue una experiencia de gran impacto, y que no es la única en la colección de experiencias que conforman el libro de la humanidad.

Es frecuente que en nuestro andar ocurran vivencias que no concluyan como hubiéramos querido.

Aprender la lección del desapego implica aceptar este tipo de experiencias, así como trascenderlas en lugar de quedar atados al recuerdo de ellas. Para conseguirlo hacen falta algunas consideraciones, que van más allá de la voluntad.

1. Poder expresar el dolor de lo que hemos vivido es fundamental en nuestro proceso de liberación emocional. Llorar es el paso previo que nos permite desempañar la vista para poder mirar con más perspectiva lo que ha pasado.

2. Hacer una pausa ante lo que ocurrió, en lugar de seguir pretendiendo que nada cambió, puede ser la decisión que más contribuya a nuestro restablecimiento. Dejar de pelear con lo que ocurrió y en su lugar aceptarlo para dejarlo ir, permite que los regalos que nos dejan las personas y los eventos que se van, se hagan presentes cuando los dejamos partir.

3. Tomar distancia y desde el silencio, contemplar el paraje que nos rodea, es más que una recomendación metafórica. Apreciar la cosas situados desde *el Camino del Águila*, implica tener la capacidad de ver más allá de lo aparente, para hacer una reconexión con la esencia de la vida, de la que muchas veces nos olvidamos al enfrascarnos en nuestros aparentes fallos y problemas.

4. Estando rodeados de infinitas opciones, es importante recordar que siempre podemos volver a elegir y soñar. Estamos destinados a crear nuevos futuros; con o sin nuestra participación consciente, ello seguirá ocurriendo todo el tiempo.

5. Retomar el poder de soñar, comienza por darse la oportunidad de volver a desear. Sentir ese deseo, lo que anhela sentir el corazón que se siente desesperado, puede convertirse en el impulso más importante, para dejar los escombros del pasado atrás.

Me lo dijo Zión y me lo han recordado mis experiencias una y otra vez sin fallar: atreverse a intentar una vez más, ir por aquello que algún día pareció escapar, es reconocer que aquello que la vida aparentemente nos negó, si en verdad lo deseamos, siempre encontrará otra forma de regresar. Nos encontraremos de nuevo con los seres que se nos han adelantado. Los que aquí seguimos, si no nos hemos ido, es porque tenemos una misión que completar. Si hay vida hay razones para seguir viviendo. Aunque esto no sea fácil verlo, siempre aparecerán esos nuevos motivos: quizás haya nietos u otros seres para los que nuestra sola historia y experiencia, será decisiva en su vida.